

NADIE  
ENCIENDE  
EL MUNDO

JUANA VILLANUEVA

# ÍNDICE

Prólogo .....	9
Preámbulo. Las sombras de la última noche .....	17
I. El loro .....	21
II. La máquina del tiempo. ....	29
III. Los buenos, los malos y los «ni buenos ni malos» .....	45
IV. Los Tres Ases .....	56
V. «El demonio» .....	61
VI. Todo es posible en Marbella. ....	72
VII. La reina calva .....	88
VIII. Las dos Cecilias. ....	101
VIII. El príncipe azul que yo soñé .....	114
IX. El reencuentro .....	120
X. En busca del hombre invisible. ....	128
XI. La flaca .....	137
XII. La descendencia. ....	142
XIII. Santa Claus vive en Barcelona. ....	151
XIV. Doña Inés (la novia de don Juan) .....	160
XV. Unos se van y otros vuelven .....	170
XVI. La llamada del águila .....	177

XVII. En busca de una clave para salvar al mundo . . . . .	182
XVIII. Nadie hablará de nosotras cuando hayamos muerto. . .	188
IXX. Las cartas boca arriba. . . . .	195
XX. Una jauría humana . . . . .	201
XXI. La boda. . . . .	210
XXII. El cumplimiento del contrato . . . . .	215
XXIII. La segunda oportunidad. . . . .	224
XXIV. Y colorín colorado . . . . .	231
Epílogo . . . . .	237
Sara enciende el mundo . . . . .	251

## I. EL LORO

Cuando vi aquel loro gigante más grande que mi hijo de dos años muerto creí que volvía a tener alucinaciones. Si la recepcionista no hubiera empezado a gritarle al hombre que lo llevaba en una enorme jaula habría pensado que mi mejoría era solo una quimera. Pero no, allí estaba yo, esperando para tener una entrevista de trabajo en uno de los hospitales privados más elitistas del país, sentada enfrente de un loro del tamaño de un niño pequeño, escuchando a una recepcionista que parecía la directora del hospital por los humos que tenía, y a un director (el de la jaula) que se había convertido en recadero y traía un loro desde Barcelona, por encargo de un jefe al que la de recepción llamaba «demonio». No estaba mal... Había tardado unos minutos en entender todo aquello, pero la conversación entre la mujer de la recepción y el hombre del loro me terminó presentando ese extraño escenario.

De todas formas, el día ya había empezado raro. En el metro, cuando iba de camino al hospital, durante un momento me había parecido ver a mi marido otra vez. Eran apenas unos segundos, en los que mi corazón daba un vuelco. Luego mi cabeza le decía al corazón que no, que mi marido estaba muerto, que había tenido un accidente de coche, causado por su exceso de velocidad, y que se había llevado con él, al

otro mundo, a nuestro único hijo, dejándome sumida en la desesperación y la locura. Esta alucinación la había tenido ya varias veces durante el año y un mes que había pasado desde el accidente y siempre había sido igual de horrible. Por lo menos era mi marido el que se aparecía; si hubiese sido el niño no lo habría soportado.

Tratando de no volver a pensar en mi esposo reapareciendo de entre los muertos para coger el metro y seguirme volví a prestar atención a la conversación que seguía en la recepción a propósito del loro. La situación era tan surrealista que no me quedó más remedio que sonreír; creo que incluso llegué a soltar una pequeña carcajada (quizás la primera en un año) cuando el director catalán que había traído al pájaro desde Barcelona llamó Ángel a la misma persona a la que la recepcionista apodaba «demonio».

Por un momento no supe si había salido del manicomio para ir a una entrevista, o si continuaba en él, aunque la verdad es que no era la primera vez que me preguntaba quién estaba cuerdo y quién estaba loco dentro y fuera del psiquiátrico y la respuesta no me quedaba tan clara. En el año de internamiento había conocido a personas terriblemente desequilibradas, pero también a otras esquizofrénicas, bipolares o depresivas como yo, mucho más cuerdas que alguno de los compañeros con los que había trabajado a lo largo de mi vida: paranoicos imposibles, sádicos malvados, megalómanos, narcisistas, anoréxicas crueles, sicóticos de todo tipo y, los peores de todos, los psicópatas, sin sentimientos, capaces de cualquier cosa para conseguir sus objetivos. Además, ninguna de esas personas, que yo supiera, estaba sometida a ningún

tratamiento psiquiátrico y se paseaban por las organizaciones como por su propia casa, amargando la existencia de todos los que por unas razones u otras no eran de su agrado.

Quizás alguno de ellos se hubiera curado con el tratamiento adecuado, quién sabe... Los psicópatas por supuesto que no, porque no son enfermos mentales, y por lo tanto no se pueden curar. Sus trastornos de conducta no tienen solución; son malos y ya está, no tienen afectos ni sienten remordimientos. Por eso dan tanto miedo. Además, en muchas ocasiones tienen un carácter seductor, y con él es más fácil todavía manipular a los demás.

En el manicomio no había psicópatas; estos, o están en la cárcel o están en la política. O en las empresas; depende de cómo ejerzan su agresividad. Si es física van a la cárcel; si es emocional, o son políticos, o van a los comités de dirección de las grandes organizaciones –aquí siempre les hacen un hueco a pesar del peligro que su sola presencia supone—. Son los llamados psicópatas integrados, que no asesinan pero que pueden ser terriblemente peligrosos, aunque también muy eficaces desde el punto de vista organizativo. Y claro, ¿cuál es la profesión favorita de los psicópatas? CEO, por supuesto. Y como todos no llegan porque solo hay uno por empresa, muchos se quedan en directivo, y casi peor porque están más cerca de los empleados de base y por lo tanto pueden hacer más daño.

Si no has trabajado en grandes empresas no es fácil que se crucen en tu vida, aunque hay algunos en compañías pequeñas (que generalmente son tuyas). Normalmente su ambición los lleva a entornos donde puedan ejercer su poder y su maldad sobre muchas personas.

Esto ocurre también en la política, dominada por psicópatas de libro. Si existiera un manual del perfecto psicópata, en él aparecerían descritos la mayoría de los presidentes de las naciones del mundo, y no de la antigüedad, sino de ahora mismo. Es verdaderamente triste, pero es que estos «trastornados conductuales» son muy inteligentes y consiguen lo que se proponen, a costa de lo que sea, y eso es lo que se persigue en la política y en la mayoría de las grandes organizaciones: objetivos, resultados, beneficios, no importa cómo. El método es lo de menos, las personas no importan...

Mientras me perdía en estas divagaciones, la conversación de la recepción parecía haber terminado. El portador del loro se acercó a mí y se presentó muy amablemente:

—Jordi Salisachs, director de las Clínicas del Noreste. Perdone todo este jaleo; llevo un día horrible con este loro dichoso. No nos conocemos ¿verdad?

—No, soy Henar. Vengo a hacer una entrevista de trabajo...

Lo primero que había pensado al ver a aquel hombre con el pájaro en la mano es que se parecía a Papá Noel, y que posiblemente trabajaba en Navidad en los grandes almacenes haciéndose fotos con los niños. Igual hasta tenía una con mi pequeño, pensé. Cerré los ojos y traté de centrarme; nunca había ido a hacerle fotos a mi hijo con Santa Claus y además ese hombre trabajaba en la clínica Los Tres Ases de director; no podía ser Papá Noel en Navidades. Además, me estaba preguntando algo:

—¿Una entrevista para el departamento de Personal? ¿Para sustituir a Manuel? Sabemos que se jubila pronto.

–Sí, para Recursos Humanos, People, como se dice ahora. Parece que considerar a las personas como un recurso ya no está de moda. Primero Personal, después Recursos Humanos y ahora People, en inglés, por aquello de la globalización.

–Uf, pues aquí somos un poco anticuados. Manuel siempre ha sido el jefe de personal... Y ahora yo creía que íbamos a contratar a un director de Recursos Humanos, pero si tiene que ser una «directora de People», trataremos de adaptarnos –comentó sonriendo.

–A lo mejor no es ni «directora de People»; la mayoría de las ofertas de trabajo ahora buscan a un «Head of People». Esto es lo último.

–Pues eso ya no sé; esta empresa es muy española. Hasta los catalanes como yo estamos mal vistos, ¿verdad, Amelia? –dijo, dirigiéndose a la recepcionista.

–No todos los catalanes, solo los independentistas como tú –dijo ella–. Y, aun así, a ti te quiere todo el mundo, porque eres muy buena persona. Tú, mientras no hables de tus ideas, todo va bien, aunque ya sabemos de qué pie cojeas; solo te faltaba ya traer de Barcelona a este loro de las narices, que lo mismo hasta habla en catalán. ¡A quién se le ocurre...!

Amelia continuó susurrando por lo bajo, al tiempo que otra mujer, vestida con el mismo uniforme que ella, vino a buscarme para llevarme al despacho de mi entrevistador.

–¿Henar Márquez? –preguntó.

–Sí, soy yo.

–Acompáñeme, por favor; el Dr. Aguilar la está esperando.

Mientras me disponía a seguir a la chica, Jordi me tendió la mano a modo de despedida. Me fijé mejor en él. Debía tener cerca de sesenta años; su tamaño y su parecido con Santa Claus le otorgaban un aspecto bonachón.

–¡Mucha suerte, Henar! Me alegro mucho de que la entrevista sea con Aguilar, Ángel Aznar es más duro.

–¿Aznar no será el «demonio»? –pregunté sonriendo abiertamente a Salichachs, que me guiñó un ojo mientras asentía con la cabeza.

–Pues sí. En esta clínica hay muchos motes. A mí al principio me llamaban Santa Claus, y ahora ya han abreviado y me dicen Santa –dijo riendo a carcajadas mientras se tocaba la enorme tripa con las dos manos.

–Pues la verdad es que me parece un mote muy acertado, y el que alguien apodado «demonio» se apellide Aznar, pues me resulta curioso también, la verdad...

Me despedí de él y me dirigí a mi entrevista de trabajo.

Inmediatamente me arrepentí del comentario que había hecho. Una vez más había sido indiscreta: no conocía la orientación política del director del noreste; solamente había supuesto que siendo catalán e independentista (por lo que había dicho la recepcionista) no le caería bien el ex-presidente del Gobierno Aznar, y como yo desde la guerra de Irak no le tenía simpatía tampoco, pues lancé mi comentario.

Sin embargo, sabía de sobra que no debía emitir mis opiniones a cualquiera que quisiera escucharme; los años trabajados parecían no haberme enseñado nada; lo seguía haciendo. En este caso, la sonrisa y el guiño de mi interlocutor indicaban que probablemente mi comentario no le había

molestado, pero eso no me justificaba. Por mucho que lo intentaba no podía evitar parecerme a mi madre y decir lo que pensaba, sin preocuparme demasiado la opinión del receptor. De niña odiaba esa faceta de mamá, pero poco a poco, según iba creciendo, me iba dando cuenta de que yo era igual, y soltaba mis pensamientos sin demasiados filtros; no lo podía evitar. Y la medicación desde luego no había ayudado; de alguna manera te desinhibía, con lo que mi problema se había agravado. Pero total, qué más daba; posiblemente no volvería a ver a ese hombre en mi vida; estaba demasiado loca como para superar una entrevista de trabajo.

Siguiendo a la mujer que me conducía hacia mi entrevistador reflexioné sobre lo curioso que era el mundo laboral. Hacía un año que no me reía y una situación grotesca en un entorno de trabajo me había hecho soltar una carcajada, o por lo menos un amago de ella.

En mi caso siempre me había reído mucho en el trabajo, a pesar de haber tenido empleos estresantes. Todavía sonreía cuando recordaba muchas de las anécdotas pasadas, la mayoría compartidas con mis colaboradores, a pesar de que en los malos momentos casi ninguno había estado a mi lado. La verdad es que eso ya no me importaba. Había aprendido a no juzgar a los compañeros de trabajo. Los entornos laborales eran así; no podías esperar demasiado de nadie, aunque a veces compartieses buenos momentos. La clave estaba en no tener confianza en el ser humano, lo que por supuesto no es fácil. Al final siempre es un tema de expectativas y de manejar las tuyas... Confiar, no confiar, ¿qué era lo correcto? Tanto psicólogo, tanta terapia, tanta prueba primero psi-